

con todos los que se acercaban a la intimidad de su refugio en el café. Desde el contaminado recinto observaba e imaginaba las vidas de sus personajes a través del humo que detestaba.

Amigo entrañable de los pocos amigos y del sol. Cada seis meses se cambiaba de continente en busca del calor, con el oído atento a los chismes de la Plaza Santa Ana o en los cafés de los portales de la Plaza Mayor en Madrid. Siempre en los cafés, aunque tomaba solo té, se parapetaba como en un coto de caza para ver llegar a sus presas. Todo el producto de su voyerismo iba a parar a sus cuadernos escolares, para digerirlo en su intimidad y, cada cierto tiempo, con una regularidad digestiva, lanzar otro libro y otro y...

Artesano de la palabra, siempre escribió a mano y con pluma Mont-Blanc (hasta que se la robaron en el mismo café). Odiaba los computadores y jamás conseguí que se sentara frente a uno. Un día escribió en otro de sus discursos, y a manera de justificación para poder esconder sus limitaciones tecnológicas

pero ahora hay otros dramaturgos cuyo *habitat* natural es la pantalla de los computadores sordo-mudos, allí ponen a prueba sus dioptrías, sin sacarse nunca

la escafandra. Su inspiración está determinada por el *mouse* roedor de sus neuronas. Son los dramaturgos internautas, cuyas emociones son virtuales y se van congelando en la pantalla.

Ya no lo encontramos en el café; los amigos, los directores, los periodistas, los actores, los grupos teatrales, los escolares no tienen a quién pedirle una obrita. Jorge está de viaje, está concentrado en escribir una obra maestra, sobre uno de los temas que más le interesaba: su muerte. ●

Luis Moreno L.
Arquitecto
Profesor UC de Chile

Mi amiga María Cánepa

Nos conocimos en 1941. Se acercó al Teatro Experimental, como lo hicieron Agustín Siré, César Cechi y otras personas, después de ser espectadores de esa primera función, a las diez de la mañana de un día domingo en el Teatro Imperio, prestado por el popular actor Lucho Córdova. La legendaria presentación de *Ligazón*, de don Ramón del Valle Inclán, y de *La guarda cuidadosa*, de Miguel de Cervantes. María se integró al grupo con entusiasmo y talento, debutando en el papel de La Madre en *El mancebo que casó con mujer brava*, de Casona.

María Cánepa estudiaba Servicio Social. Todos éramos estudiantes en ese momento, salvo Pedro de la Barra, que ya había egresado. María era una mujer que llamaba la atención por su belleza y buen carácter; tenía además una verdadera vocación de servicio social, que ejercía continuamente: se preocupaba de las carencias, de los problemas personales y el estado de salud de sus compañeros. Organizaba colectas para solucionar algún problema urgente. Y así siguió hasta que su propia salud se lo impidió.

Pocos años después, tal vez en 1947 o 48 (yo no estaba en Chile), se casó con Pedro Orthous, talentoso director a cuyo cargo estuvieron importantes títulos del repertorio del Teatro Experimental. Es inolvidable su audaz y excelente montaje de *Fuenteovejuna*, de Lope de Vega, que, además, fue un gran éxito de público, y en el que María se destacaba por su estupenda



Foto: René Combeau

María Cánepa

interpretación de la protagonista, Laurencia. Son innumerables las obras en que María brilló por su actuación. Quiero recordar algunas: *El caballero de Olmedo*, también de Lope, que estrenamos en el Teatro Municipal, donde interpretaba a doña Elvira. Helena, en *El tío Vania*, de Chejov.

Doña Rosita en *Doña Rosita, la soltera*, de Federico García Lorca, dirigida por Pedro Mortheiru, que fue uno de sus mayores éxitos. La condesa de *El sombrero de paja de Italia*. Lucrecia en *La violación de Lucrecia*. Orfilia en *Ánimas de día claro*, donde bailaba una cueca con una ternura inolvidable que le había enseñado el director de la obra, Víctor Jara. Y, especialmente, su Marta en *¿Quién le tiene miedo al lobo?*, de Edward Albee, considerada por muchos como su mejor interpretación, bajo la dirección de Agustín Siré.

La casa de los Orthous era el lugar al que llegaban alumnos, actores del ex Teatro Experimental, (que entonces se llamaba Instituto del Teatro de la Universidad de Chile), actores y directores de la mayoría de las compañías extranjeras que pasaban por Santiago, se celebraban los cumpleaños, se sufría con las elecciones en que parecía que Allende nunca llegaría a ser Presidente de Chile, se comentaban los viajes, los estrenos, los amores y amoríos de la gente de teatro, se celebraban los éxitos, se lloraban los fracasos. Y María aceptaba esta avalancha permanente con interés y buen ánimo, sin quejarse jamás del exceso de visitas.

Dejamos de vernos después del Golpe Militar, porque mi nuevo grupo, el Teatro del Ángel, se estableció en Costa Rica. Poco después murió

Pedro y María trabajó con el Teatro de la Universidad Católica, que fue refugio para varios de los actores del ITUCH, grupo que pasó a llamarse Teatro Nacional y al que María sólo volvió para *Las alegres comadres de Windsor*.

Al regresar de Costa Rica, casi once años después, una de las primeras invitaciones que tuvimos fue la de María. Todo había cambiado, excepto María, que seguía, como doña Rosita, “siempre igual, con el mismo temblor, igual.”

La extrañaremos todo el tiempo que nos quede por vivir. ●

Bélgica Castro
Actriz



El tío Vania, de Anton Chejov. Dirección: Pedro Orthous. Teatro Experimental de la Universidad de Chile. 1953. En escena, de izq. a der.: María Cánepa, Domingo Tessier, Bélgica Castro y Emilio Martínez.